

El leproso y el tesoro oculto

Versión de Eesha Sardesai

El hombre estaba sentado, como siempre, a la orilla del caminito de tierra que marcaba los límites más distantes del pueblo. Una ligera capa de polvo cubría sus piernas manchadas y alrededor de él se hallaban las pocas pertenencias que podía reclamar en este mundo: una cuchara empañada, algunos mendrugos de pan viejo, un poco de hilo gastado.

Este tramo de camino también era suyo, en cierto sentido. Para entonces, ya se había formado una depresión en la tierra donde él se sentaba y dormía, y a nadie le importaba lo que ocurriera en las afueras del pueblo como para desalojarlo. Sí, se sabía que allí era donde el leproso pasaba sus días, pidiendo limosna.

Hubo un tiempo en que este hombre había vivido en el pueblo, y además, en la zona próspera. Había tenido dinero y posición; había asistido a muchas fiestas espléndidas. Pero eso fue antes de que contrajera la enfermedad — antes de haber sido rechazado, súbitamente y sin ceremonias, por la sociedad que durante años lo había adulado.

Ahora, todo lo que podía mostrar como suyo era ese pedacito de camino donde se sentaba, y los harapos y baratijas que había juntado. Había sido así durante años, y nada había mejorado en su condición en ese tiempo. A menudo pasaba hambre. Su cuerpo seguía consumiéndose.

El hombre tomó una varita cercana y distraídamente trazó círculos sobre la tierra. Una pareja pasó por allí y arrojó unas monedas de cobre hacia él, casi sin voltear a verlo.

—Gracias, gracias —dijo él, de esa manera obsequiosa que aún le resultaba tan ajena.

Sucedió que levantó la vista mientras hablaba, y sus ojos se fijaron en la pareja. Creyó reconocerlos; definitivamente había visto a la mujer en algunas de las fiestas que solía frecuentar. “¿Cómo se llegó a esto?”, pensó con desaliento. Volvió a dibujar formas con su vara. Sus miembros se sentían imposiblemente pesados. Sus párpados se empezaron a cerrar...

A la mañana siguiente, un grupo de personas iba caminando por esa misma vía. Al principio, no notaron al leproso; después de tantos años, más o menos se había fundido con el entorno. Pero entonces un hombre volteó hacia atrás y lo que vio lo hizo mirar dos veces.

—¡Miren! —les dijo a sus compañeros, señalando al leproso— Ese tipo... ¿está muerto?

Corrieron hacia donde estaba el leproso y lo encontraron yaciendo de costado, sin moverse. No parecía estar respirando. Había una varita en el suelo, a unos centímetros de donde reposaba su mano.

En su momento, llegaron las autoridades para llevarse el cuerpo y limpiar el lugar. Retirar las chucherías que guardaba el leproso fue un trabajo rápido. Pero luego vieron el lugar donde se sentaba, una ligera depresión en la tierra.

—Ese hombre tenía una infección —dijo uno de ellos— y pasó *años* sentado aquí. ¿Cómo sabemos que la tierra está limpia?

—Tienes razón —replicó otra persona—. ¡A estas alturas los gérmenes deben haberse infiltrado en la tierra! Necesitamos sacar esta tierra y quemarla para asegurarnos de que aquí todo esté libre de enfermedad.

Así que al día siguiente vinieron los trabajadores con sus palas y picos, y empezaron a excavar. Llevaban en eso como una hora — tiempo suficiente para retirar las capas superiores de tierra y crear una pequeña zanja— cuando oyeron un fuerte *clank*. Era el sonido de la pala de metal golpeando contra algo duro. ¿Una roca, tal vez?

Uno de los trabajadores saltó a la zanja para ver mejor. Dio golpes con su pala sobre el mismo lugar. Otro *clank*. Con la mano empezó a retirar la tierra. ¿Había... había algo *destellando*? Hizo una pausa, se talló los ojos para asegurarse de que no le jugaran una pasada. No, no había duda alguna. Era una mínima partícula, enterrada hondo en la tierra, pero era de un amarillo metálico y centelleaba. Siguió sacudiendo la tierra, apresurándose al hacerlo. Una gran pepita de oro mellada emergió ante él. Oyó a sus compañeros de trabajo ahogar una exclamación.

Pronto, los trabajadores estaban ensanchando la zanja. Saltaban dentro para ayudar a excavar el tesoro. Todos los pensamientos sobre el leproso, los gérmenes, la razón por la que habían ido allí en primer lugar, habían huido de sus mentes. A esa primera pepita de oro le siguieron cientos, *miles* más. Era una verdadera mina de oro, que se extendía en todas direcciones, y cuyo punto central parecía estar justo debajo del sitio donde ese pobre hombre se sentaba.

—¿Lo pueden creer? —dijo uno de los trabajadores días después. Estaba recargado en su pala, contemplando la escena con un miembro de su equipo.

Gran parte del camino había sido excavado en la búsqueda de oro; ahora parecía una especie de laberinto subterráneo, con montones de tierra regados aquí y allá, y hombres gritando instrucciones por encima del *clink-clink-clink* de sus palas—. Todo este tiempo el leproso del pueblo estuvo sentado sobre todo este tesoro, pidiendo limosna —el hombre meneó la cabeza.

En eso sopló una ligera brisa. Levantó una varita que había quedado, olvidada, a la orilla del camino.

